

guido, que á él debió Arellano, por mis esfuerzos, la buena posicion que tuvo luego en Querétaro, las condecoraciones que recibió y su elevacion al rango de general que, sin esta circunstancia, no habria obtenido en muchos años.

Finalmente, para no hacer mas largo este relato, el 19 de Junlo de 1867, ántes de separarme del poder que el Emperador se dignó confiarme, mandé espedir el despacho de general de brigada al mencionado Arellano, porque me lo pidió diciéndome que se le habia, estraviado el que le espidió S. M. y llevé mi aprecio hasta el grado de que fuese estendida dicha patente con el carácter de *general de artillería*, cuya categoría no existe en el ejército mexicano, por lo cual tuve que hacer uso de las omnímodas facultades que el emperador me concedió, y dispuse que se salvase esa dificultad poniendo estas palabras: «Con dispensa de la Ley.»

No paró aquí mi amistad, sino que á la vez mandé que se le espidiese el diploma de grande Oficial de la Aguila Mejicana, que tambien me dijo se le habia estraviado.

Este ha sido mi comportamiento con Arellano. Su ingratitud, de manifiesto está en su folleto, y de ella no habria hecho mencion alguna, si él no

hubiera tocado este punto para aparentar una imparcialidad que no conoce, porque esto me ha puesto en la necesidad de demostrar mas clara su ingratitud á fin de que se tenga presente que quien así paga los favores que ha recibido, no puede abrigar ningun sentimiento noble, y obra siempre bajo las inspiraciones de una alma depravada.

Por lo demas, en cuanto á las injurias que contiene el resto de su introduccion, se las perdono y lo desprecio, porque lo considero indigno hasta del honor de que yo se las conteste.

I.

Dice Arellano que “las principales causas del desenlace que terminó en Querétaro de una manera sangrienta, el trágico drama del Imperio de Maximiliano, son generalmente desconocidas, y por eso se ha propuesto darlas á conocer para cumplir así los últimos deseos del Emperador y del general Miramon.”

Muy bueno seria este pensamiento de Arellano, y mucho deberia agradecersele si hablase la verdad; pero no puede porque en ese sangriento desenlace él es el principal culpable, mas todavía que el mismo Lopez, quien no habria podido trai-

cionar, si Arellano, engañando al emperador con mentidas palabras, hijas de la ignorancia, de la presuncion, de la envidia y de la mala fé, no lo hubiera retenido en Querétaro hasta que fué sacrificado en el Cerro de las Campanas, empujado por los malos consejos de Arellano.

Así pues, como yo fuí verdadero amigo del Emperador Maximiliano y del general Miramon, y como Arellano no puede cumplir con la tarea que emprendió, por las razones manifestadas, yo me encargo de ella, tanto para tributar un homenaje á la memoria de S. M. y de Miramon, cuanto para evitar que el mundo sea engañado con las falsedades de Arellano.

Asienta el folletista que yo salí de mi país protegido por Porfirio Diaz. Para escribir tamaño desatino se necesita hacerlo á dos mil leguas de distancia, donde no se conoce ni á México ni á sus hombres, y tener todo el atrevimiento de Arellano para mentir.

¿Cómo se hace á Porfirio Diaz el agravio de creerle capaz de semejante accion que le hubiera ocasionado una gran responsabilidad con su gobierno, el reproche de todo su partido, y su completo desprestigio, como hombre público? ¿Y cómo se puede suponer que yo fuera tan estúpido

que me pusiera en las manos de Porfirio Diaz para salvarme?

Respondo con mi cabeza que nadie cree semejante disparate. Y el primero que está convencido de la imposibilidad de lo que dice, es el mismo Arellano, que solo ha escrito así para calumniarme, fiado en la distancia en que se encuentra, y en la incredulidad de sus lectores, que desconocen enteramente á mi país.

Seis meses estuve oculto en la ciudad de México, en el centro de ella, atormentado con los padecimientos de mis compañeros de infortunio; sufriendo con las indisposiciones que se dictaban en su contra; casi presenciando los fusilamientos de Vidaurri y de H'Oran; y esperando momento por momento correr la misma suerte. Mucho se me buscó, haciendo uso la policía de todos sus recursos; pero la Providencia me salvó, y al fin logré salir en medio del dia, y pasando entre los mismos que me buscaban sin ser conocido.

A los diez y seis dias de una marcha penosa, por senderos estraviados, y aprovechando en gran parte las noches, despues de tropezar á cada paso con dificultades y peligros, á la vista varias veces de las tropas de Porfirio Diaz, y pasando en me-

dio de las partidas de Seguridad Pública encargadas de guardar los caminos, y de impedir mi evasión, logré llegar por fin á Veracruz, y dió la casualidad de que el día siguiente comenzaron á llegar á la misma Plaza las tropas destinadas á Yucatán; cuyo incidente desgraciado para mí, me retuvo cinco dias: me hizo perder el vapor en que yo queria partir, y me obligó á tomar otro para los Estados-Unidos.

¿Qué culpa tengo de que dichas tropas llegasen á Veracruz casi al mismo tiempo que yo lo verificaba perjudicándome de este modo? ¿Cómo habia de adivinar cuando salí de México, lo que iba á suceder? ¿Ni cómo podia yo pensar nunca que un acontecimiento tan casual y tan inocente, fuese interpretado de una manera tan tonta, ó mas bien dicho, tan perversa? A saberlo, hubiera detenido mi viaje, para hacerlo despues.

Si de hechos enteramente casuales y agenos de la voluntad, se han de deducir consecuencias falsas y ofensivas, entónces tambien puede decirse que Arellano estaba de acuerdo con los republicanos, puesto que lo dejaron escapar de Querétaro en los momentos mas críticos: permaneció á su lado veinte y nueve dias que tardó de Querétaro á México: lo dejaron salir de su línea en el sitio

de la capital para que penetrara en la plaza de mi mando, permanecer en ella todo el tiempo que le convino; y por último, recorrer el camino hasta Veracruz y embarcarse allí, llevando sus documentos y todo lo que necesitaba.

Las cartas del Emperador á que he hecho referencia, las han visto el Presidente del Consejo de Estado y todas las personas que formaban el Gabinete, al cual dí siempre conocimiento de ellas, leyéndolas en su presencia. Y el Padre Fricher secretario de S. M. las decifró: apelo al testimonio de todos estos señores.

En cuanto á que el muy respetable y entendido Sr. Lacunza, fuese encargado por mí, de escribir mi Manifiesto, se equivoca Arellano. Yo lo escribí, como escribo la presente refutación, despues de la muerte de aquel escelente amigo, y en ninguno de ambos documentos pretendo sincerarme, porque, como he repetido hasta el fastidio, no tengo de qué.

II

Nada hay uue decir de este capítulo que solo contiene generalidades que todos conocen.